

Los maestros retrasados no existen

En la obra *Los retrasados no existen*^[1], Anny Cordié analiza el estigma que genera el fracaso escolar y la expulsión de la escuela común a los niños que tienen discapacidades, problemas afectivos o trastornos de la personalidad. La autora propone un abordaje centrado en la valoración del deseo de aprender de los niños y del deseo de enseñar de los docentes, como un componente indispensable para no perpetuar la exclusión de las instituciones.

Ya iniciado el siglo XXI hacemos el ejercicio de pensar qué hubiera pasado si los sistemas educativos se hubiesen cuestionado seriamente a sí mismos por producir los fracasos escolares de sus alumnos. Ahora sabemos que estos desencuentros radicales no son causados exclusivamente por las limitaciones de los alumnos. E incluso si lo fueren, los adultos tienen la responsabilidad (la obligación legal) de producir formas de encuentro con el saber, de establecer puentes que incluyan a todos los alumnos, sin tomar como algo natural el abandono de los estudios o el estancamiento de los aprendizajes.

¿Cómo hubiese sido la historia si cada escuela hubiera deseado que todos sus alumnos aprendiesen con sus propios tiempos, junto a sus compañeros, en sus barrios y con las ayudas necesarias? ¿Cómo sería la escuela de hoy, si la escuela de ayer en vez de expulsar a los niños “con” fracaso escolar, hubiese expulsado a quienes no sabían enseñarles? Es incómodo imaginar que a los docentes se los hubiese enviado a un sistema paralelo y marginal por su condición de no saber o no poder cómo enseñar. Eso les pasó a los niños y niñas retrasados.

Andrea Silvana Aznar
Diego González
Castañón

*Directores
Editoriales de RNC*

[1] Cordié, Anny. “*Los retrasados no existen. Psicoanálisis de niños con fracaso escolar*”, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, Marzo, 2000

Tanto el deseo, como el cuerpo de los niños fueron los expulsados del sistema educativo común, proyectando el fracaso en ellos, en un claro abuso de poder y falta de responsabilidad.

Los mejores sistemas educativos desarrollaron un linaje de docentes especializados que sabían enseñar mejor a los niños con diagnóstico médico que acreditara cualquier anormalidad. Se crearon aulas separadas, en otra escuela, lejos; con una lejanía que garantizara que no se mezclasen los alumnos comunes con los especiales. Esto produjo una escuela donde se juntaron alumnos y docentes especiales. Se profundizó tanto la especialización, que los docentes especiales dejaron de hablar en el día a día con los docentes comunes. La formación de ellos también se generó en institutos separados de los maestros comunes. Ni los alumnos ni los docentes especiales reconocían a los comunes como propios.

Durante demasiado tiempo se legitimó el «acuerdo» por el cual los maestros comunes no supieran cómo enseñar a todos sus alumnos. Ellos se fueron retrasando y los maestros especiales, por el contrario, fueron avanzando y sofisticando los métodos de enseñanza. El sistema escolar se reveló impotente de revertir el fracaso escolar de los docentes y de los alumnos, hasta entonces, comunes. Y se instauró la compartimentación del sistema educativo, generando circuitos paralelos de alumnos, docentes, familias, prácticas, contenidos y recursos didácticos.

Tanto retraso en las escuelas debía ser sostenidos con la anuencia de una cohorte de profesionales que legitimó el supuesto saber sobre los niños y su grado de educabilidad a través de parámetros científicos. A estos profesionales, de la salud y de educación, también funcionan con sus propios retrasos:

- *los médicos*, creyendo saber quién puede educarse en la escuela y quién no. Ignoran todo sobre didáctica y pedagogía, y prescriben lo que no es más que una opinión de un actor muy poco versado en la importancia de la escuela inclusiva;

- *los psicólogos*, suponiendo que el coeficiente intelectual era predictivo de la capacidad de aprender del niño, de su posibilidad de ser sujeto dentro de un tratamiento psicoterapéutico, de su capacidad de socialización; el futuro enunciado en el número (de la edad mental o de la inteligencia);

- *los psicopedagogos*, sosteniendo que los niños retrasados aprenden de modos tan diferentes y deficitarios, que sólo los especialistas en cognición y educación podrían abordarlos. Con esto avalaron las prácticas creadoras y centradas en los déficits, sin capacidad crítica, ni creatividad.

Estas prácticas tenían el peso de los paradigmas de la época. Toda la sociedad veía a la discapacidad de un modo semejante. En el Siglo XX pasamos de la inexistencia de todos los servicios a una complejidad y especialización que no hubiésemos podido imaginar a comienzos de 1900.

Son esos mismos paradigmas los que mantuvieron en la ignorancia y el retraso a la mayoría de los docentes (llamados comunes) sobre cómo enseñar a los alumnos que aprenden diferente. A estos docentes se les negó el apoyo para asumir los desafíos que, 50 años más tarde, no pueden asumir. Aún se escucha en los discursos la frase «yo no estoy capacitado», perpetuando la declaración de impotencia del sistema educativo del siglo pasado.

Volvamos al siglo XXI. ¿Por qué seguimos manteniendo en la ignorancia y sin apoyos a la mayoría de los docentes, sin planes de estudio que los formen para enseñarles a todos? Los maestros retrasados no existen, porque aunque se declaren incompetentes para enseñar a algunos niños, nadie certifica ese déficit como una limitación. No alcanza con que un puñado de maestros especiales esté iniciado en el buen arte de enseñar y en las delicias de cultivar el deseo de aprender en los niños que aprenden diferente.

Los (niños) retrasados no existen. Se los hace existir. Esos retrasos ya no deberían radicarse en los niños. Sin embargo la sobriedad y la permanencia en la escuela común siguen siendo problemas incómodos, que, a veces, aceptamos tolerar pero que los sistemas no resuelven más que por vía de excepción. Cada uno de los actores en la comunidad educativa deben aportar articuladamente para aprender y para enseñar según los requerimientos de cada alumno, hasta llegar a todos y cada uno. Y los alumnos son los principales actores. Ningún sistema educativo se auto evalúa dándole la palabra a los alumnos y preguntándoles qué opinan sobre las dificultades de su maestros para enseñarles. Se los considera sujeto de derecho, pero, ese discurso no se encarna en las prácticas.

A los profesionales de la salud y la educación hay que darles tiempo, apoyos, acompañamiento y recursos. Seguro irán aprendiendo a abordar a sus alumnos especiales. Todo llega. Lo que no llega si no se lo agencia, es el deseo. Pero, de eso se trata; de poner en juego el deseo de enseñar y el de aprender.

Nosotros, les compartimos el nuestro: ***deseamos que todos los maestros sean especiales, para dejar de estar retrasados.***